

verdad frente a frente? Cuando yo no diga verdad podéis decir que he dejado de ser el que era. Concitar el odio de los hambrientos, de los desesperados que padecen injusticia y miseria, para que amenacen, exijan y destruyan, es más fácil que persuadir a los poderosos de la tierra el amor que apacigua, edifica y concede... Cuando el amor no sienta a la justicia en su trono, el odio la substituye con la venganza, porque el trono de la justicia no puede estar vacío. Es como el Sol: si su luz y su calor le faltaran al mundo, para no perecer de frío, el mundo entero ardería en incendios de hogueras... Yo he subido a lo alto para encender el sol de la justicia; si el sol no alumbrá..., tiempo habrá de encender las hogueras, aunque todo lo consuma el incendio.

GIRASOL

He aquí un hombre en quien yo quisiera probar la fuerza de mis encantos.

AURELIO

Serías nueva Salomé de un nuevo profeta. ¡Qué prodigiosa sería tu danza ante el Magnífico para obtener en pago la noble testa del austero espartano!

GIRASOL

El austero espartano, como le llamáis, es muy divertido... ¡Quisiera saber lo que piensa de mí! ¿Queréis decírmelo?

DESTERRADO

Que sois la única que cumple con su deber en esta Ciudad.

GIRASOL

Ya lo oís.

DESTERRADO

Vuestro deber es ser hermosa y bailar con arte. Es divina vuestra hermosura, y en vuestro arte sois maravillosa. Sobre vuestro sepulcro — tarde sea — podrá escribirse el latino epitafio que ilustró en Roma a una de vuestras antecesoras: «*Saltavit et placuit*»: Danzó y agradó... Como compendio de vuestra vida, me parece admirable. Lo triste es que haya en la Ciudad muchos hombres que no parece sino que quieren disputaros el honor de esa inscripción mortuoria... Y sólo debieran contentarse con la primera parte, porque ellos, si es verdad que danzaron, pero sin agradar.

ARLEQUÍN

El discreteo de la corte no dice bien a vuestro carácter. De espartano estáis mejor que de ateniense.

ESCENA V

DICHOS y LAURO por la derecha.

LAURO

Amigos... Priváis a la fiesta de la que es reina en ella. Devolvednos a Girasol. Su hermosura y su arte pertenecen a todos... Al amor mismo no le consentiríamos que intentara robarla a nuestra admiración.

GIRASOL

Con las artistas, por desgracia nuestra, los enamorados son más discretos que los admiradores... ¿Verdad, Leandro?

LEANDRO

Si llamáis discreción a la timidez... Pero mi timidez

no es falta de mi amor. Os había prometido un cintillo de diamantes para la fiesta, y el cintillo no luce en vuestra garganta.

GIRASOL

Si vuestro amor fuera tan grande como decís, luciría el cintillo en mi garganta.

LEANDRO

No conocéis al señor Polichinela, al señor Pantalón, a todos los mercaderes de esta Ciudad...

GIRASOL

¿No son famosos los estiletes que en ella se fabrican?

LEANDRO

¿Quisierais que fuera ladrón y asesino por traer os esos diamantes?

GIRASOL

No, Leandro; quisiera que no pusierais tanta ponderación en vuestro amor si vuestro amor no es capaz de todo.

LEANDRO

Habéis de ser mi condenación. Yo os juro que el cintillo no tardará un día más en adornarse con vuestra garganta.

GIRASOL

Muy lindo pensamiento para un madrigal. Veremos si sabéis darle forma.

LAURO

Padre mío, el Magnífico te espera; quiere hablar contigo de algo muy importante... ¿No sabes? Por fin es la guerra.

DESTERRADO

Lo esperaba. Los venecianos exigen de nosotros una humillación...

LAURO

Para asegurarse de los genoveses, quieren que les entreguemos nuestra Ciudad.

DESTERRADO

Y el Magnífico y los suyos están prontos a complacerles... Y pedirán que sea yo el que hable al pueblo... ¿No es eso?

LAURO

No, padre... No conoces tú al Magnífico... Es grande en su ambición y no escuchará la humillante demanda de los venecianos. Pero él no puede hablar al pueblo. No está limpio de culpa y no le escucharían. Sólo tú puedes despertar el alma de la Ciudad. Eso quieren de ti.

DESTERRADO

Y se atreve el Magnífico... ¿No sabe que si la Ciudad despierta será para alzarse contra él y contra todos los suyos?

LAURO

Sí, lo sabe y lo desea.

DESTERRADO

Es tanta su grandeza... ¡Si de tanto fuera capaz!...

LAURO

Calla. Nos observan. Aún no debe sospechar nadie lo que sucede. Mientras todos se divierten con las danzas de Girasol, te llevaré conmigo donde podáis hablar. Hermosa Girasol, el Magnífico desea que la fiesta se dé por terminada. Pero antes quiere que bailéis todavía aquella admirable danza que llamáis danza de la cena de Baltasar, la más admirable de vuestras danzas, cuando el ritmo de voluptuosidad se quiebra y descoyunta en crispación de espanto, al figurar que las palabras fatídicas se aparecen en la sala del festín, agoreras terribles de destrucción y muerte.

ARLEQUÍN

Si, es una danza admirable.

LAURO

El Magnífico quiere que con ella sea vuestra despedida.

GIRASOL

Sólo deseo complacerle.

ARLEQUÍN

Y todos admirarte.

GIRASOL

Vamos, cuando gustéis... *(Salen todos por la derecha, menos Leandro y Colombina.)*

ESCENA VI

COLOMBINA y LEANDRO

COLOMBINA

No vayáis, Leandro. ¿No veis que se burla de vos?

LEANDRO

¡Si ella supiera que el cintillo está en mi poder, que será suyo!... Pero esta noche no podía ofrecérselo. Yo creí que Silvia no vendría a la fiesta, y, ya lo veis, está aquí...

COLOMBINA

¿Y es suyo ese cintillo que ofrecisteis a Girasol? ¡Ah, señor Leandro! ¿Qué habéis hecho? Por suerte, Silvia aun no habrá advertido su falta.

LEANDRO

Si, la advertió al adornarse para la fiesta. Pero no ha sospechado de mí...

COLOMBINA

A su amor tenéis que agradecer esa ceguedad. Otra mujer, celosa como ella, no hubiera tardado en sospecharlo. Ved cuánto os estima todavía, cuando os estimáis en tan poco.

LEANDRO

¿Y qué hacer, si los usureros de la Ciudad se niegan a prestarme? ¿Cómo conseguir a Girasol?... Y ya es más que un deseo, es todo mi amor propio puesto en conseguirla.

COLOMBINA

No conocéis a las mujeres. Bastará que ella lo entienda así, para que ponga toda su vanidad en despreciaros...

LEANDRO

Es que el hacerme suyo ha de halagar tanto su vanidad... Crispin ha de servirme como siempre. Yo que nunca he querido figurar para nada en el gobierno de la Ciudad, he de pedirle ahora algún cargo elevado que deslumbre la vanidad de Girasol.

COLOMBINA

Era lo único que le faltaba al buen gobierno de la Ciudad. ¡Los cargos públicos convertidos en espejuelos para cazar alondras volanderas! ¿Os sentís ambicioso?

LEANDRO

Suprime la vanidad en las mujeres y habrás suprimido la mitad, por lo menos, de ambición en los hombres.

COLOMBINA

Aquí llega Silvia con su madre. Sin duda se retiran de la fiesta. Nada podéis hacer mejor que acompañarlas...

ESCENA VII

DICHOS, SILVIA y la SEÑORA POLICHINELA por la derecha.

SEÑORA POLICHINELA

Yerno, Silvia y yo volvemos a casa. Tú eres el que menos debe ignorar que la fiesta no ha sido muy divertida para nosotras. Cuando un marido olvida el respeto

que debe a su esposa y el decoro que a sí mismo se debe, como tú lo has olvidado...

LEANDRO

Señora Polichinela..., medid vuestras palabras.

SEÑORA POLICHINELA

No temáis. No he de descomponerme... hasta llegar a casa. Pero allí tendréis que oírme.

COLOMBINA

¡Señora Polichinela!

SILVIA

Por favor... Volvamos a casa.

LEANDRO

¿No os acompaña tu padre?

SEÑORA POLICHINELA

El señor Polichinela ha de tratar asuntos de importancia con el Magnífico y no puede acompañarnos. ¿Supongo que no pensaréis en que volvamos solas?

LEANDRO

En vuestra carroza. ¿Por qué no? Pensad que yo también he de hablar esta noche con el Magnífico, apenas termine la fiesta.

SEÑORA POLICHINELA

No busquéis pretextos. El Magnífico no te necesita para nada. ¿Qué puede significar un botarate como tú para resolver asuntos de importancia?...

LEANDRO

Permitiréis que no siga escuchando vuestras impertinencias...

SEÑORA POLICHINELA

Ellas serán impertinencias, pero habéis de escucharlas... Lo que tú pretendes es quedarte aquí para seguir escandalizando con tu persecución indecorosa y tus miradas procaces a esa hija de Babilonia...

LEANDRO

¡Señora Polichinela!

SILVIA

Por favor...

SEÑORA POLICHINELA

Déjame hablar, que no me descompongo...

LEANDRO

Ve con tu madre. Yo no he de acompañaros.

SILVIA

Eso no, Leandro. No me dejes ir sola. Tú no sabes lo que yo he padecido esta noche... ¡Ten compasión de mí!

LEANDRO

Dejad locuras... ¡Qué llanto impertinente!...

COLOMBINA

¡Pobre Silvia! ¡No llores! Yo os aseguro que no hay razón para ello...

SEÑORA POLICHINELA

¡En qué mala hora llegó este mal hombre a la Ciudad! ¡Y en qué hora peor pusiste en él los ojos!... ¡Y cómo supo engañaros a todos!...

LEANDRO

Volved a casa os digo; dejas de llantos...

SILVIA

No, no; soy tu mujer, tu Silvia... Si tú me aborreces, yo te quiero, te quiero..., te querré siempre. Y ninguna otra mujer puede disputarme tu cariño. Si te niegas a acompañarme, volveré a la fiesta, y delante de todos le diré a esa mujer...

LEANDRO

¡Basta ya, digo!... Volved a casa, o...

SILVIA

¡Oh!

SEÑORA POLICHINELA

¿Qué es esto? ¿Amenazas a mi hija? ¡Y esto ha de sufrirse! ¡Favor!... Aquí todos..., que matan a mi hija...

LEANDRO

Estáis loca... Señora... Callad también, o...

COLOMBINA

Señor Leandro...

SEÑORA POLICHINELA

No..., conmigo no... Si el señor Polichinela ha podido

ponerme alguna vez la mano encima..., tú no eres mi marido y no he de consentirlo... Ahora verás...

COLOMBINA

No os olvidéis de quien sois, señora Polichinela...

SEÑORA POLICHINELA

Quitádmelo, quitádmelo, o le dejaré bien señalado...

COLOMBINA

Ved quién llega.

ESCENA VIII

DICHOS y CRISPÍN por la derecha.

CRISPÍN

¿Qué es esto, señora Polichinela? ¿Que siempre he de hallaros sobresaltada!

SEÑORA POLICHINELA

Yo os aseguro que si no llegáis tan a tiempo, esta noche, a más de las danzas, hubierais tenido tragedia en vuestro palacio.

CRISPÍN

Ya entiendo... El señor Leandro...

SILVIA

Crispin, amigo mio... ¡Soy muy desdichada!

CRISPÍN

¡Ah, mi señor Leandro! ¿No sabéis que yo quiero a Silvia como a mi propia hija? ¿Qué habéis hecho uno y otro de aquel amor que era la disculpa de mi vida?...

SEÑORA POLICHINELA

Señor Crispin, libradnos de este mal hombre... Des-terradle de la Ciudad, enviadle a galeras...

LEANDRO

Está loca.

CRISPÍN

Callad, señora Polichinela. Volved a vuestra casa, y vos también, Silvia, volved con vuestra madre. Y no paséis cuidado, que Girasol se ha despedido y yo diré al señor Leandro lo que hace al caso...

COLOMBINA

Vamos, señora...; vamos, Silvia. Confíad en Crispín que es único para componer dificultades.

SEÑORA POLICHINELA

Señor Crispin, ved que no ha de deciros una palabra de verdad.

CRISPÍN

Poco importa. La verdad que yo he de decirle es la que ha de poner orden en su corazón. Esta noche quisiera hablar al corazón de todos, y temo que ninguno me responda como yo quisiera... *(Salen todos menos Crispín y Leandro por la izquierda.)*

ESCENA IX

CRISPÍN y LEANDRO

CRISPÍN

¿No recuerdas, Leandro? En nuestra vida aventurera hubo una hora que decidió de nuestra suerte. La hora en que a nuestra ruindad supimos enredar las ruindades de todos, en que la misma codicia de los que nos perseguían fué nuestra salvación. Siempre juzgué a los hombres despreciables, y aquel día me hubieran parecido más despreciables que nunca, si sobre tanta ruindad y tanta bajeza no hubiera resplandecido el amor de dos criaturas. ¡Erais tú y Silvia!... Sobre todo aquel amasijo de miserable humanidad, contemplaba yo vuestro amor, como contemplé tantas veces, encarcelado, por la claraboya de una prisión, aquel redondelillo de cielo azul, que con asomarse apenas a la negrura de la cárcel, embebido en el ansia de mis ojos, se entraba por el corazón y era como si el alma se llenase de cielo. Por vuestro amor pude salvar la fe en mí mismo. Y creer en nosotros es creer en algo superior a nosotros mismos, porque sólo el que nada divino siente en su alma puede dudar de Dios... Tú no sabes lo que tu amor a Silvia ha sido para mí. Hundidos mis pies en la tierra, la luz de tu amor era como una estrella que me obligaba a mirar al cielo. Mal hiciste en apagar su luz. Cuando en nuestra alma se alza una luz, por humilde que sea, si por desilusión o por cansancio quisiéramos apagarla, debemos pensar antes que ya no es sólo nuestra la humilde lucecilla, que si perdió ya su valor para nosotros, acaso es en la vida única estrella para algún caminante de la vida, que sin su luz perdería el camino en las noches oscuras de su alma.

LEANDRO

No me culpes, Crispín. Tú conoces el corazón del hombre, tú sabes que el amor apasionado es una fiebre que sólo se cura con una medicina: el matrimonio. Quiero y respeto a Silvia, y aun la querría más si entre nosotros no se interpusiera siempre la odiosa joroba del señor Polichinela. Su tiranía no me consiente ser otra cosa que su yerno. ¡El yerno del señor Polichinela! Título vergonzoso... Por olvidarlo procuro aturdirme... Esa es toda mi culpa.

CRISPÍN

Pues ocasión tendrás muy pronto de aturdirte, de ennoblecer ese dictado vergonzoso, como tú lo juzgas ahora...

LEANDRO

¿Ocasión dices?

CRISPÍN

De mostrarte como yo imaginaba... El señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños, que vinieron a dar en perseguir bailarinas. Escúchame, Leandro: sin duda es el destino del pícaro Crispín, que en vano intento alzar su espíritu sobre las miserias del mundo. Amarré a mi interés sus intereses, y hoy pueden todos más que yo, y amarrado más que nunca a la tierra me encuentro... Y hoy es en vano mirar a lo alto, como entonces, cuando tu amor era como una estrella... Esta noche, ahora mismo, solicitados por mí, verás aquí reunirse, como en aquella hora decisiva de nuestra vida, intereses, codicias y ruindades... Entonces teníamos que salvarnos y salvar tu amor... Hoy... no sé qué pueda salvarse... Y algo que importa más que nuestras vidas, más que tu amor, es lo que va a perderse...

LEANDRO

¿Qué ha de perderse, Crispín? ¿Quieres decirme?

CRISPÍN

¡La Ciudad!

LEANDRO

¿Es la guerra?

CRISPÍN

Si, es la guerra...

LEANDRO

¿No hay medio de evitarla?

CRISPÍN

Si; uno muy fácil, muy cómodo... El que acaso parecerá muy aceptable a todos esos que pueden decidirlo...

LEANDRO

Y ese medio, ¿cuál es, si no hay otro?...

CRISPÍN

La vergüenza de entregarnos al extranjero...

LEANDRO

Los venecianos exigen...

CRISPÍN

Hacerse dueños de nuestra Ciudad. Dicen que somos demasiado amigos de los genoveses.

LEANDRO

¿Y son ellos los que han de decidir de nuestras simpatías y nuestras amistades?...

CRISPÍN

Tienes razón..., si pueden... Y si pueden, sólo es nuestra la culpa. Ahora, Leandro, fío en ti, que serás ejemplo y estímulo de nuestra juventud... Necesitamos soldados... A tus órdenes pueden alistarse muchos, y guiados por ti... ¿Qué respondes, Leandro?

LEANDRO

¿Puedes dudar?

CRISPÍN

Si en esta hora de peligro y de angustia despierta tu alma, lo mismo despertará el alma de la Ciudad.

LEANDRO

¿A tu voz?

CRISPÍN

No; mi voz es indigna, y sería cobarde. La voz del Desterrado será la que hable al pueblo. En él está lo mejor del alma de la Ciudad.

LEANDRO

¿Y encontrarás el alma de la Ciudad?

CRISPÍN

Juzga por ti mismo... Hace un instante apenas, cor-tejabas aquí a una bailarina, y era todo en tu corazón frívola indiferencia... El deber: ¡qué lejano! El placer:

¡qué cerca! Era lo único que valía la pena de vivir. Y ahora, dime: ¿ante el peligro de nuestra Ciudad, tu patria de corazón, porque es la patria donde amaste a una mujer por vez primera, y esa mujer es madre de tus hijos!, ¿no sientes de otro modo? ¿No ha despertado tu alma como una afirmación de remordimiento, de responsabilidad, que tú mismo no sospechabas? Cuando faltamos a cualquiera de nuestros deberes, para no ver la falta preferimos decir que el deber no existía. Suprimimos, por no decir que hemos olvidado. Pero de los deberes y los nobles sentimientos del alma, es como de las dolencias: no sirve aturdirnos para no sentir las. No sirve decir: «nada me duele», cuando el dolor existe. Y el amor a la patria alienta siempre en nuestro corazón, si en nuestro corazón hay sentimientos de hombre nacido de mujer. Al correr de la vida acaso vamos desentendidos de él, por indiferentes o por desengañados, tal vez por ofendidos; pero en la misma amargura, en el encono acaso con que maldecimos alguna vez de nuestra patria, está su amor, como en la mano que golpea a la mujer amada que hizo traición a nuestro amor... Ve, Leandro. Diles a todos que aquí les aguarda el Magnífico..., dispuesto a luchar contra ellos por la Ciudad, como luchó Crispín por tu amor. Pero ahora... nada podrá Crispín. Entonces, esos mismos, por su propio interés, tuvieron que salvarnos... Ahora, nada podrá salvarse, que de tanto salvar sus intereses... todo se habrá perdido. Pero la Ciudad no se humillará al extranjero. Cuento con sus soldados y cuento con su juventud, que no toda es como el señor Arlequín y sus desmedrados poetas... ¿Verdad, Leandro? ¿No serás tú el primero en combatir por nuestra Ciudad? Si no bastó el amor de Silvia, el amor a la patria puede redimirte y redimir el dinero del señor Polichinela. Vuelve a ser conmigo tan distinto de mí como yo soñaba que fueras... El señor de los altivos pensamientos, el de los

bellos sueños, el espíritu de Crispín libertado de las miserias de su vida... Ve a una muerte gloriosa, que tu Crispín, tu fiel criado, su vida, sombra de la tuya, como la sombra al cuerpo, ha de seguirte. (*Sale Leandro por la izquierda. Crispín va hacia la puerta derecha, y entra el Desterrado.*) Llega... ¿Hablaste con tu hijo?

DESTERRADO

Sí.

CRISPÍN

¿Sabes entonces...?

DESTERRADO

Sí... Es la guerra o la humillación.

CRISPÍN

¿Y qué has pensado?

DESTERRADO

¡Pensar, pensar!... Todo debiera estar pensado, y ahora bastaría sentir, como sienten los pueblos fuertes y unidos en el santo amor a la patria. Pero ahora, ¿dónde está el alma de la Ciudad? ¿En los que negociaron con los venecianos, y por asegurar sus negocios hubieran querido enviar a nuestros soldados de su parte, y ahora, en cambio, intentarían oponerse a que los enviemos en contra suya? ¿En los que negociaron con los genoveses, y antes quisieran vernos combatir a su lado que combatir por cuenta nuestra con los venecianos? ¿En los que esquilmaron la Ciudad de víveres y pertrechos de guerra y hasta hicieron su lucro de enviar nuestros hombres al extranjero como una mercancía? ¿En los que nos proveyeron de pocos barcos y pobre armamento? ¿En los que predicaron no sé qué santo amor a la hu-

manidad, que es amor a todo lo extraño y odio a todo lo nuestro, como si nosotros no fuéramos también humanidad?... ¿En los que temblarán por su dinero, comprometido con los venecianos o con los genoveses, los que querrán salvar el que atesoran o querrán ponerlo a mayor precio?... ¿Dónde encontraremos el alma de la Ciudad?

CRISPÍN

¡Mi Ciudad! Porque yo fui el primer miserable en todas sus miserias, el primer egoísta en todos sus egoísmos... Ahora..., por encontrar su alma entre tantas ruindades, quiero volver mis ojos a una Ciudad ideal... que mereciera por salvarla todos los sacrificios... Esa Ciudad yo he creído verla, al pasar por sus calles, al recorrer sus campos... No eran estos hombres que me rodean... Eran otros hombres, con sus mujeres y sus hijos, de los que no sabemos, a los que no contamos uno a uno, porque ellos son los miles; buenos para trabajar, buenos para soldados, buenos para sostener las cargas de la Ciudad, buenos para sufrir nuestros desmanes y nuestras injusticias... Y en esta hora es cuando veo con espanto que ellos son la verdadera Ciudad..., que ellos son sus hombres... Pero tampoco está en ellos el alma que yo busco, que el alma de los pueblos no debe ser la resignación, sino la fortaleza con la serenidad... Y ellos aceptarán la humillación que les impongamos, contentándose una vez más con maldecir y murmurar de nosotros... La Ciudad está sin alma... Si no lo estuviera, si no lo hubiera estado siempre..., ¿cómo pudieran juntarse en esta hora Crispines y Polichinelas a decidir su suerte?

DESTERRADO

La Ciudad ideal ha de purificarse por la sangre y el fuego; por su propio dolor ha de redimirse.

CRISPÍN

Ya están aquí... Ven a mi lado, muy cerca de mí, que nos vean unidos... Y así pudieran verte a ti solo, que de nada tienes, como yo, que avergonzarte ante ellos...

ESCENA X

DICHOS y POLICHINELA, PANTALÓN, PUBLIO y el CAPITÁN, por la derecha.

SEÑOR POLICHINELA

A vuestro mandado, señor...

CAPITÁN

Señor...

CRISPÍN

Sentaos todos. Escuchadme. La Señoría de Venecia me ha comunicado por medio de su embajador, para que en el término de dos días entreguemos el puerto de nuestra Ciudad con todos sus fuertes. De no acceder a su demanda amistosa, nos declarará la guerra como a enemigos...

SEÑOR POLICHINELA

¿La guerra?

PANTALÓN

¡La guerra!

SEÑOR POLICHINELA

No puede ser...

PANTALÓN

Sería horrible...